

René Descartes

Discurso del método

Estudio preliminar, traducción
y notas de Risieri Frondizi



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Discours de la méthode*

Primera edición: 1979

Tercera edición: 2011

Décima reimpresión: 2024

Diseño de colección: Estrada Design

Ilustración de cubierta: Jan Baptist Weenix, *Retrato del filósofo René Descartes*. Museo Central de Utrecht, Holanda. © Álbum / Oronoz

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Editorial Universitaria. Universidad de Puerto Rico

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1979, 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-7442-1

Depósito legal: M. 46.143-2010

Composición: Grupo Anaya

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 13 Estudio preliminar, por Risieri Frondizi
- 75 Bibliografía
- 81 Nota bibliográfica complementaria (1999)

Discurso del método

- 89 Primera parte
 - 99 Segunda parte
 - 111 Tercera parte
 - 121 Cuarta parte
 - 131 Quinta parte
 - 149 Sexta parte
-
- 167 Notas

Descartes inaugura una filosofía de una especie completamente nueva. Modificando su estilo todo, la filosofía da una vuelta radical desde el objetivismo ingenuo hacia el subjetivismo trascendental, el cual parece tender hacia una necesaria forma final en ensayos siempre nuevos y, sin embargo, siempre insuficientes. ¿No llevará en sí esta perseverante tendencia un sentido de eternidad, para nosotros el de una gran tarea que nos es impuesta por la historia misma y en la que estamos todos llamados a colaborar?

.....

En medio de esta desventurada actualidad, ¿no estamos en una situación semejante a aquella con que se encontró Descartes en su juventud? ¿No será tiempo de someter a una revolución cartesiana la inabarcable literatura filosófica con su confusión de grandes tradiciones, de innovaciones serias y de modas literarias?

.....

El anhelo de una filosofía viva ha conducido en estos últimos tiempos a toda clase de renacimientos. ¿No será el único renacimiento fructífero precisamente aquel que resucite las Meditaciones cartesianas?

Edmund Husserl

La presente versión del *Discurso del método* es traducción directa del original francés, según la clásica edición a cargo de Étienne Gilson (París, Vrin, 1930). Se tuvieron a la vista, y se utilizaron en muchos casos, las traducciones de Manuel de la Revilla y Manuel García Morente. También se hizo uso de los eruditos comentarios de Gilson y de muchas obras que se citan en la bibliografía.

El texto del *Discurso* está precedido por un estudio preliminar, escrito expresamente para esta edición, en el que se expone la filosofía de Descartes en general, y en particular su metodología, para facilitar la comprensión del texto a quien por primera vez se enfrenta con un escrito cartesiano. En las notas del estudio preliminar se ofrecen las indicaciones necesarias para un conocimiento más detallado de la filosofía de Descartes.

Hemos agrupado al final del volumen las notas explicativas que generalmente aparecen al pie de página. En estas notas –más de trescientas cincuenta en total– se explica el significado de términos técnicos, se destacan los aspectos más importantes de la filosofía del autor y se aclaran los pasajes oscuros o que han suscitado las mayores controversias entre los intérpretes, remitiéndose al lector a otras partes de la misma obra o a otros escritos cartesianos.

Presentamos la versión de esta obra clásica del pensamiento moderno en la creencia de que no hay manual o texto, por bueno que sea, que pueda relevarnos de la lectura de los clásicos. Schopenhauer afirmó que nadie debe permitir que se le cuente lo que dice la *Crítica de la razón pura*. La afirmación debe generalizarse: ningún hombre que aspire a ser culto debe permitir que le cuenten lo que dicen los clásicos de la literatura o de la filosofía. Por fortuna, se advierte hoy con claridad que la enseñanza de las humanidades comienza a volverle la espalda a los manuales y tiende a apoyarse, cada vez más, en el estudio cuidadoso y en el examen comprensivo de las obras que, en su conjunto, constituyen el patrimonio de la cultura occidental.

Con ánimo de contribuir a esta sana corriente de la actual enseñanza universitaria presentamos esta obra a estudiantes y profesores, para que los primeros la lean con el interés y el detenimiento que ella se merece y los segundos les ayuden a comprenderla.

R. F.

Universidad de Puerto Rico

Río Piedras, Puerto Rico

25 de mayo de 1953

Estudio preliminar

I. La situación histórica

Con el *Discurso del método* se remata el período de preparación del pensamiento moderno. Podría escogerse el año de publicación de esta obra capital –1637– como la fecha simbólica del comienzo de la filosofía estrictamente moderna. Se inicia ese año –clara y definitivamente– una nueva concepción que no será la doctrina de un hombre determinado, sino la cristalización de una nueva actitud.

Las ideas y creencias que cristalizan en Descartes se venían preparando a lo largo de dos siglos de lucha, búsqueda e intentos fallidos que dan a toda la época los caracteres clásicos de una situación de crisis. Descartes vive el final de esa época dramática y la supera al hallar un derrotero seguro para las fuerzas que, rebeladas contra el pasado, no lograban todavía encontrar su camino.

Este nuevo derrotero será el camino de la razón. Descartes consagra la razón como fuente principal de conocimiento y seguro criterio de verdad. Sobre tales principios racionalistas apoya, a su vez, su famoso método, que será, a un mismo tiempo, el punto de arranque y la meta de su filosofía.

1. Búsqueda de un «ars inveniendi»

Es justamente la búsqueda de un nuevo método, en tanto *ars inveniendi*, lo que caracteriza el comienzo de la Edad Moderna. Dicha búsqueda no traduce una fría preocupación metodológica, sino que es la enunciación, en términos rigurosos, de una situación dramática producida al derrumbarse un sistema de ideas y creencias que había imperado durante muchísimos siglos. Tal concepción del mundo –conocida con el término general de escolástica– se fundaba sobre dos autoridades principales: Aristóteles (384-322 a.C.) y Santo Tomás (1225-1274), y representaba un cuerpo de doctrina que armonizaba las ideas de una de las cumbres del pensamiento pagano con las creencias de la tradición cristiana y el dogma de la Iglesia.

Una concepción del mundo se derrumba cuando es incapaz de explicar hechos fundamentales de la naturaleza o de la vida espiritual y social del hombre. La escolástica ofreció una explicación que satisfizo durante siglos. Llegó el momento, sin embargo, en que la realidad parecía desmentir la doctrina escolástica y sólo el peso de su autoridad la mantenía en pie. Por las primeras grietas que

se produjeron, al no poder explicar ciertos fenómenos naturales, se colaron en la escolástica los nuevos vientos, que pronto sacudirían el edificio entero. Y así como antes se aceptaba a la escolástica en bloque, se la llegará a rechazar ahora también en bloque, cometiéndose en un caso el error de negar lo que la contrariaba y en el otro el de resistirse a admitir sus aciertos.

El derrumbe de un sistema de ideas y creencias se produce generalmente antes de que haya cristalizado una nueva concepción del mundo y de la vida. Es lo que sucedió al caer la escolástica. Europa pierde su tradicional punto de apoyo antes de haber encontrado uno nuevo que la sostuviera. Y más de dos siglos de búsqueda infructuosa agitan a la época en un vaivén de corrientes encontradas. No es que en esos dos siglos faltaran hallazgos notables –y aun geniales–; los hubo, pero todos tuvieron carácter parcial. Lo que se necesitaba no eran descubrimientos ocasionales, sino un nuevo criterio de verdad –que viniera a sustituir a la autoridad de la escolástica, de Aristóteles y de la Iglesia– y un nuevo método que reemplazara al silogismo expuesto por Aristóteles y usado durante toda la Edad Media.

El silogismo es una forma de razonamiento deductivo que puede aplicarse siempre que se disponga de una verdad general, esto es, de una premisa mayor. Consta, en efecto, de dos premisas: una mayor –que enuncia el principio general– y una menor –que se refiere al caso particular incluido en el principio general–. De ambas premisas se extrae una conclusión, que es la nueva verdad que interesa. Repitamos una vez más el ejemplo ofrecido por Aristóteles: «Todos los hombres son mortales (premisa

mayor, que enuncia el principio general); «Sócrates es hombre» (premisa menor); «Sócrates es mortal» (conclusión). Sin la premisa mayor no es posible construir un silogismo.

La escolástica pudo utilizar el razonamiento silogístico porque disponía de principios generales alcanzados por medio de la fe, de la verdad revelada o fundados en la autoridad de Aristóteles o de la Iglesia. El descubrimiento de nuevas verdades consistía primordialmente en subsumir un caso particular en una verdad más general. Con tal procedimiento nunca lo particular podía rebelarse en contra de las supuestas verdades generales.

2. Crítica al silogismo

Pero ¿qué valor tiene el silogismo cuando la duda alcanza a los principios generales, cuando no se acepta la verdad de la premisa mayor? Sin premisa mayor no hay silogismo, dijimos. De ahí que, al caer la validez de los principios generales, arrastrara consigo al silogismo, y éste se convirtiera en el blanco de los ataques de los forjadores del pensamiento moderno.

Descartes y Francis Bacon son los dos filósofos que a principios del siglo XVII proporcionan al pensamiento moderno los dos pilares que lo sostendrán. Como dijimos, Descartes impulsa la filosofía –y también la ciencia– por el camino de la razón. Francis Bacon (1561-1626) encamina, por el contrario, al pensamiento moderno por la ruta de la experiencia. A pesar de representar uno y otro los dos extremos de la filosofía moderna –con Descartes se ini-

cia el racionalismo, y Bacon es el precursor del empirismo, doctrina que se opone a la racionalista—, concuerdan ambos, sin embargo, en sus críticas al silogismo, al que hacen responsable del atraso de la ciencia.

Escribe Francis Bacon en el *Novum Organum*, publicado en 1620 y cuyo título revela la intención polémica de la obra¹, que la lógica aristotélica, entonces en uso, «es inútil para la invención científica»² y «sirve más para fijar y consolidar errores, fundados en nociones vulgares, que para inquirir la verdad; de tal modo que es más perjudicial que útil»³. Sostiene que «el silogismo no es aplicable a los principios de las ciencias»⁴, y sólo sirve para imponer «el asentimiento, pero no aprehende la realidad»⁵.

Igual actitud asume Descartes. «Advertí, con respecto a la lógica —escribe en el *Discurso del método*—, que sus silogismos, y la mayor parte de las demás instrucciones que da, más sirven para explicar a otros las cosas ya sabidas o incluso, como el arte de Lulio, para hablar sin juicio de las que se ignoran, que para aprenderlas.»⁶ En las *Reglas para la dirección del espíritu*, obra póstuma, escrita alrededor de 1628 y publicada en 1701, sostiene que el silogismo —sobre el cual se apoya la dialéctica vulgar— «es completamente inútil para los que desean investigar la verdad de las cosas, y sólo puede aprovechar, a veces, para exponer con mayor facilidad a los otros las razones ya conocidas»⁷.

¿Por qué el silogismo sirve —en el mejor de los casos— para exponer lo ya conocido, y no para descubrir nuevas verdades? Sencillamente porque es un razonamiento deductivo que parte de una verdad general, enunciada por

la premisa mayor, para descender, apoyado en la premisa menor, al caso particular que interesa. Pero si no hay verdades generales, no hay premisa mayor y, por lo tanto, no hay silogismo.

En la Edad Media, como vimos, era común que los principios generales se alcanzaran por la fe o se sostuvieran en la autoridad de Aristóteles o de la Iglesia. Cuando la fe flaqueó y la autoridad se debilitó, los principios generales se derrumbaron y el silogismo perdió la validez que había tenido durante tantos siglos.

Volvamos al ejemplo del silogismo aristotélico: Todos los hombres son mortales; Sócrates es hombre; Sócrates es mortal. El razonamiento parece perfecto y la conclusión innegable. Es innegable, en verdad, siempre que la premisa mayor sea verdadera. ¿Cómo sabemos que la premisa mayor es verdadera? Porque hemos observado que miles y miles de hombres han muerto. Esto es, por experiencia. Si no hubiéramos, por lo tanto, admitido previamente que Sócrates es mortal –verdad que el silogismo pretende darnos como conclusión novedosa–, no habríamos podido enunciar la premisa mayor: «todos los hombres son mortales». En otras palabras, la conclusión no es algo nuevo que se extrae de las premisas, sino que está en el fundamento de la premisa mayor, a la que antecede y no sigue, como pretende el silogismo.

Por estas razones, Bacon invierte por completo el orden del razonamiento. El silogismo –y, en general, el llamado razonamiento deductivo– parte de lo general y desciende a lo particular. Pero como no puede haber verdades generales –según Bacon– que no se sostengan en los respectivos casos particulares, tendrá que partirse

siempre de los casos particulares, y ascender paso a paso y con mucha cautela a las verdades más generales. Sólo así tendremos la seguridad de no cometer un error, basado en una generalización precipitada. A la deducción opone Bacon, por consiguiente, la inducción, que parte de la observación de los casos particulares para remontarse a la enunciación de verdades de generalidad cada vez mayor.

II. La razón como criterio de verdad

Vimos que Descartes coincide con Bacon en su repudio del silogismo. Por lo dicho hasta ahora se podrá advertir, sin embargo, que no seguirá a Bacon en la afirmación de la experiencia como criterio de verdad.

1. ¿Qué es un criterio de verdad?

Pero ¿qué es un criterio de verdad? Dijimos varias veces que la discrepancia de Bacon y Descartes con la escolástica no se refería tan sólo a un conjunto de verdades concretas –por muy importantes que fueran–, sino al criterio mismo de verdad. Igual cosa puede decirse sobre la discrepancia entre Bacon y Descartes. ¿Qué es, pues, un criterio de verdad? El criterio de verdad es el patrón que utilizamos para determinar la verdad o falsedad de un juicio.

¿Cómo podremos confirmar o rechazar una afirmación que escuchamos, o que leemos en un periódico o un

libro? Hay, desde luego, muchos modos de confirmarla o rechazarla, esto es, muchos criterios para determinar su verdad o falsedad. El más conocido, pero no el más seguro, consiste en consultar a otra persona u otro libro, al que le reconocemos autoridad mayor que al anterior. Éste es el criterio de autoridad. Muchas veces basta con decir: «Lo dijo Fulano», para que la cuestión quede decidida. Siempre que tal autoridad se reconozca. Eso era lo que sucedía en la Edad Media. Bastaba con que alguien indicara: «Lo dice Aristóteles», o «Lo dice la Biblia», para que se pusiera fin a una disputa. Pero si no se reconoce tal autoridad, ¿qué hacer?

Pongamos un ejemplo sencillo. Tenemos una disputa con un compañero sobre el número de libros que hay en la biblioteca de la Universidad. Una manera de decidir la disputa es preguntarle al director de la biblioteca y atenernos a su respuesta. Él es persona que «debe saber», y creemos en la buena fe de su informe. Empero, por más autoridad que tenga el director de la biblioteca, podemos caer en la sospecha de que la cifra que nos ha dado no coincide con la realidad; que él nos ha dicho, por ejemplo, cuántos libros debería haber y no los libros que realmente hay, cifras que no coinciden porque muchos libros se han perdido y otros se han destruido. ¿Cómo obtener un dato exacto y seguro? No hay más procedimiento que ir a la biblioteca y contar los libros. Esto es, dejar que la experiencia diga su última palabra. Se dirá que tal procedimiento implica una tarea casi interminable y excesivamente molesta. De acuerdo —replicaría Bacon—, pero es la única que puede darnos seguridad sobre lo que buscamos. Larga y penosa es la tarea de la ciencia,

pero la aplicación del criterio empírico –con sus corolarios metodológicos de la observación y la experimentación inductiva– nos ha dado en tres siglos un conocimiento de la naturaleza inmensamente mayor y más seguro que todo el que la humanidad pudo acumular en los veinte siglos que van de Aristóteles a Bacon.

El criterio empírico es superior al de autoridad y parece satisfactorio cuando se trata de determinar el número de libros que hay en una biblioteca u otra cuestión semejante. Mas la duda nos asalta cuando nos preguntamos si *todas* las cuestiones pueden resolverse definitivamente utilizando tan sólo el criterio empírico, esto es, si todo se puede reducir, en última instancia, a contar y medir, ver y palpar.

La experiencia sensible tiene también sus límites. Los europeos, acostumbrados a ver durante años y años miles de cisnes blancos, enunciaron la proposición general: los cisnes son blancos. Tal verdad estaba respaldada por la experiencia sensible de miles de hombres en las más diversas circunstancias. Tiempo más tarde, sin embargo, se halló en Australia un cisne negro y ese solo desmentido echó por tierra la validez universal de una proposición que descansaba en millones de observaciones coincidentes.

No es éste un caso aislado o un subterfugio. Si la validez de un principio general depende por entero de los casos particulares observados, nunca podremos estar seguros de que un nuevo hecho no venga a desmentirnos. Tendríamos tal seguridad sólo si observamos la totalidad de los casos posibles, que es lo que sucede en la llamada «inducción completa». Pero la inducción completa no

aumenta nuestro conocimiento⁸ y no siempre puede aplicarse. En la mayoría de las cuestiones, los casos posibles son infinitamente superiores a los casos que podemos observar. A los miles de casos observados siempre podemos agregar uno nuevo. Así, la proposición «el calor dilata los cuerpos» es una proposición basada en miles de ejemplos observados, pero es imposible agotar el número de tales casos: a todos los observados puede agregársele siempre uno más. Y el nuevo caso puede, justamente, venir a desmentir la validez del principio enunciado. Esta debilidad del criterio empírico priva de seguridad absoluta –necesidad⁹– a las leyes derivadas de la experiencia. Por eso se habla desde fines del siglo pasado de «la contingencia de las leyes naturales»¹⁰.

La debilidad del criterio empírico –que se advierte hoy claramente– y la imposibilidad de extraer de la experiencia leyes o principios que sean universales¹¹, absolutos¹² y necesarios fueron ya señaladas por Immanuel Kant (1724-1804) y advertidas antes que él por Descartes. De ahí que el gran pensador francés no buscara en el mundo de la experiencia los sólidos pilares sobre los cuales habría de reconstruir el edificio recientemente derrumbado del conocimiento humano.

¿Adónde acudir si la autoridad ha perdido su validez y la experiencia puede darnos una sorpresa? Recuérdese que lo que se buscaba eran principios sólidos, firmes y estables, pues la experiencia del derrumbe anterior había puesto en guardia a Descartes frente a cualquier intento de construir el edificio de la ciencia sobre «arena y barro».

2. Las matemáticas y las verdades de razón

Descartes había cultivado desde su juventud las matemáticas. Si se observa la naturaleza de las verdades matemáticas se advertirá que tienen un carácter completamente distinto al de las verdades que se basan por entero en la experiencia. Compárense, por ejemplo, estas dos proposiciones: *a)* todos los perros nacen con dos ojos, y *b)* todos los triángulos tienen tres ángulos. ¿Cómo sabemos que la proposición *a)* es verdadera? Sencillamente, por experiencia. Si el hombre no hubiera visto cuántos ojos tienen los perros al nacer no podría haber enunciado la proposición *a)*. Y como tal proposición debe la verdad que encierra a la experiencia que la respalda, la misma experiencia puede quitarle ese respaldo. Bastaría que naciera un solo perro con un ojo, o con más de dos ojos, para que el juicio universal dejara de ser cierto. ¿Es posible que nazca un perro con un solo ojo? Sí, desde luego. No hay en la esencia del perro nada que le impida tener un solo ojo.

Veamos si sucede lo mismo con la proposición *b)*, que dice que los triángulos tienen tres ángulos. ¿Podría alguien poner en peligro la verdad de esta proposición al echarse a buscar por el mundo triángulos con más o menos ángulos que los tres enunciados? No, por cierto. Si alguien nos dice que se ha descubierto en Indochina un triángulo con cuatro ángulos, sonreiremos ante la ingenuidad de la observación o supondremos que esa persona no está hablando en serio. No adoptamos igual actitud cuando la misma persona nos dice que ha nacido un perro con un ojo. ¿Por qué no prestamos crédito a la pri-

mera observación y sí a la segunda? Porque esta última, como vimos, debe su verdad a la experiencia y, por lo tanto, la experiencia puede desmentirla. En cambio, las proposiciones matemáticas no deben su verdad a la experiencia y están inmunes a cualquier desmentido de la experiencia. Por esto se las ha llamado «verdades de razón», pues no dependen de la experiencia, sino de la razón.

Si es así, hay un ámbito que está a cubierto de las asechanzas de la experiencia, un reino donde pueden afirmarse algunas cosas con validez universal y absoluta. Es el reino de la razón, sobre la que descansa la matemática: a ese reino ha de acudir Descartes. Escribe en el *Discurso*¹³ que «gustaba, sobre todo, de las matemáticas, por la certeza y evidencia de sus razones; pero... me extrañaba que, siendo sus cimientos tan firmes y sólidos, no se hubiese construido sobre ellos nada más elevado». Y en las *Reglas para la dirección del espíritu*¹⁴ afirma que «no podemos adquirir ciencia perfecta de todo aquello que sólo da pie a opiniones probables, porque no podemos, sin presunción, esperar de nosotros mismos más de lo que los otros consiguieron. De suerte que, si calculamos bien, sólo quedan entre las ciencias ya descubiertas, la aritmética y la geometría» como las únicas capaces de proporcionarnos un conocimiento «cierto e indudable».

Las matemáticas le sirvieron, pues, a Descartes, de paradigma en la búsqueda de las primeras verdades absolutamente ciertas y que pudieran servirle de apoyo en la reconstrucción de la totalidad del edificio de la ciencia y la filosofía.

III. La filosofía cartesiana

Descartes es muy cauteloso en la búsqueda de esos primeros principios. No quiere correr el riesgo de que el edificio todo se derrumbe porque los primeros principios adolezcan de algún defecto. Esos primeros principios, por tanto, no pueden entremezclarse con ningún supuesto, tienen que ser evidentes e indudables. De ahí que use Descartes la llamada «duda metódica» para eliminar toda falsa verdad y ver si queda algo que realmente sea capaz de resistir la duda.

1. La duda metódica

Comienza Descartes por dudar de todas las cosas y considerar como falso cuanto pueda ponerse en duda. Quiere eliminar de este modo aquellas opiniones y falsas creencias que se habían apoderado de su espíritu y que amenazaban con ocultarle la verdad. Pero no pone Descartes en duda tan sólo esas supuestas creencias u opiniones falsas, sino que adopta una actitud tan rigurosa que parece no dejar nada en pie.

De lo primero que duda es de los datos de los sentidos. ¿Por qué duda de los datos de los sentidos, que parecen constituir la fuente mayor de información que poseemos? Duda de ellos porque ha observado que muchas veces los sentidos lo han engañado «y es prudente no fiarse nunca por completo de quienes nos han engañado una vez»¹⁵.

Si bien podemos dudar de los datos de los sentidos, parecería que no pudiéramos dudar de que estamos